https://doi.org/10.29393/CF5-9ISAM10009

INFORMACION SOBRE EL EXISTENCIALISMO

AGUSTIN M. MARTINEZ, O. S. A.

I.— PRECISIONES.

1.— Hace veintisiete años publiqué un estudio sobre este tema. Hoy se me pide que lo edite de nuevo en estas prestigiosas páginas de "Cuadernos de Filosofía" que honran al humanismo de la Universidad de Concepción. Felizmente, el término "repetir", por provenir del latino "repetere", también significa: "buscar de nuevo una cosa". En este sentido, las entregas que haremos, no será necesariamente un "volver a decir", sino la presentación de lo nuevamente buscado. Porque si bien es verdad que después de cerca de treinta años, el existencialismo permanece substancialmente idéntico, —que de lo contrario, ya no sería "existencialismo"—, sin embargo algunas apreciaciones han variado dentro de las mismas distintas corrientes existencialistas; y, especialmente en el aspecto fenomenológico, ha prestado algún servicio a la psicología de la profundidad (1).

El existencialismo de J. Paul Sartre, por ejemplo, ha derivado peligrosamente hacia una especie de complacido marxismo en su obra: "Crítica de la Razón Dialéctica", especialmente; y hasta se ha dolido, en confesión a Ferrater Mora, de haber editado su Conferencia: "L'Existentialisme est un Humanisme?" (2). Gabriel Marcel derechamente no se considera a sí mismo como un existencialista. Mientras Heidegger ha terminado por simplemente quedarse trepidante frente al Ser, por el cual vino preguntándose desde 1927, sin franquear decidido el subjetivismo kantiano, causa de muchas imposibilidades filosóficas.

(1) Vid. A. Stern: "La filosofía de Sartre y el psicoanálisis existencialista", Buenos Aires, 1962; I. A. Caruso: "Existential Psychology", Herder and Herder, N. York, 1964. (El original alemán lleva por título: "Psychoanalyse und Synthese der Existenz", Viena, 1951).

(2) Cf. Ferrater Mora: en "La filosofía en el mundo de hoy", Madrid, 1963, pág. 63.

2.— La situación actual del existencialismo permanece idéntica y con las mismas aporías con que llegó en su nacer moderno. Nos parece el destino ineludible de un filosofar que, no obstante algunos logros relevantes y "revelantes" en vecindades fragmentarias y particulares; sin embargo, en su "quididad" misma diluye la esencialidad de los entes en el fenomenismo de su existencialidad temporal, con lo que, a más de obnubilar la real comprensión del ser, sitúa a éste como extraño prisionero de la errancia humana. No es difícil, entonces, comprender el por qué algunos existencialistas cristianos, para salvar ciertos valores y ciertas realidades sin los cuales es incomprensible la existencia, y a los cuales el hombre se revela como íntimamente vinculado, se refugian en la apelación a la Fe, y a regiones más o menos místicas, emocionales y subjetivas. Como haciendo suyas, en términos impactantes y existenciales, las instancias de la **Filosofía de la inmanencia,** de Maurice Blondel y otros. Instancias que, no dudamos, excepcionalmente pueden contentar a alguien como caminos, para él, para comulgar con el Ser; pero que, en un plano racional de lógica inteligibilidad, no podrían pretender la ciudadanía estrictamente científica y filosófica. La gran interrogante que, en el fundamento de lo medular del existencialismo, en Heidegger, hace algunos años planteaba Alphonse de Waelhens (3), está terriblemente vigente, y de no ser amplia y certeramente respondida, hará vacilar la base misma de la posición existencialista: "Si la verdad comienza con el hombre, y el develamiento, ¿cómo comprender, si este hombre no es su creador, que ellas dependen de él, —y con ellas el tiempo y la historia—, sin que el hombre disponga de esta **presencia** (4) que él no ha obtenido de sí mismo? ¿Cómo comprender el sentido del privilegio de que él goza, si no dispone de eso?".

3.— Fue el joven Santo Tomás de Aquino, quien ya a los treinta y un años, hacía convencidamente suyo el consejo prudencial y advertido de Aristóteles: "que un pequeño error cometido en el principio resulta grande al final" (5). Grande ha sido el servicio, y bien reconocido, por cierto, que el existencialismo ha prestado al despertar metafísico en el filosofar contemporáneo. El simple hecho de exigir Heidegger el replanteo de la cuestión sobre el ser, como requisito "sine quo non" para el verdadero progreso de la filosofía, ya es alentador en un momento en

(3) Alphonse de Welhens: "Chemins et Impasses de l'Ontologie Heiderggerienne". A propos de "HOLZWEGE", Desclée de Brouwer, Paris, 1953.

(4) Waelens, cit.: "Si la vérité commence avec l'homme, et la dévoilement, comment comprendre, si même il n'est pas créateur, qu'ils dependent de lui —et avec eux le temps et l'histoire— sans que l'homme dispose de cette présence qu'il n'a tirée de soi? Comment comprendre le sens du privilége dont il jouit s'il n'en dispose pas?" (Ib. pág. 52). **Presencia:** la omnidad de los entes en el ser desvelado al hombre.

(5) Santo Tomás: "De Ente et Essentia", Prólogo.

que, a pesar de generosos esfuerzos, —Bergson, Dilthey, Max Scheler, Husserl, Maritain—, aún seguía larvado el positivismo autosuficiente en diversos campos de la alta cultura, así lo demuestra. Como igualmente el hecho de poner especial énfasis en cuestiones que, al decir de Kant (6), son las que más interesan al hombre: qué es existir, qué es morir, por qué la angustia, qué es la libertad, qué es la temporalidad, qué es la soledad, etc., innegablemente que es un noble "exhumar" realidades que parecían naufragadas por el reinado majestuoso de los entes sobre el Ser, entes apurados por el éxito científico - positivo y tecnológico. Finalmente, llevar al ser a los dramáticos momentos del hombre en la historia, no es afán sin significación y sentido; más bien nos pone de frente a la esencia misma del tiempo histórico.

Sin embargo, exigida aclaración sobre una fundamental problemática; requerido el existencialismo para una inteligible, última, y no contradictoria definición del ser, los entes, los grados del ser, la esencia, la naturaleza humana, el conocimiento humano en general, y el metafísico en particular, la objetividad de la verdad, etc., etc. y todo eso no respondido: el existencialismo se conmueve en su base misma; y ya no se trataría de "un pequeño error cometido en el principio y que resulta grande al final", sino de errores tan radicales, que son grandes errores de principio a fin. Y de no superarse esta real situación, por muy otra que sea la intención declarada de sus autores, o tendría que quedarse él como simple intento de sistema antropológico, o tendría que reducirlo todo a la antropología y a la inmanencia. ¿No es ésto lo que estamos viendo hoy, hasta en el campo teológico? (7). No dudamos de la conveniencia de que el filósofo, como filósofo, —"reduplicative", como dicen los escolásticos—, se interne por la temática que más interese al hombre de una época: más todavía, es su deber. Pero es imprudente ceder a la inmediatez y a lo multitudinario, porque allí no se encuentra la inteligibilidad del real ni la nobleza y dignidad de la verdadera filosofía. El verdadero hombre de ideas, y que de éstas hace su diario afán y alimento, debe medir la responsabilidad de su meditar. Los grandes problemas, no son jamás problemas para que los resuelvan la emoción y las palabras, sino la contemplación paciente en el mundo inteligible, tranquila y lógica. Ahí está la luz iluminadora. Ni el dolor jobiano de Kierkegaard, ni la "absurdi-

(6) Es la paradoja kantiana: "Die menschliche Vernunft hat das besondere Schiksal in einer Gattung ihrer Erkenntnisse: dass sie durch Fragen beslästig wird, die sie nicht abweisen kann, denn sie sind ihr durch die Natur der Vernunft selbst aufgegeben, die sie aber auch nicht beantworten kann, denn sie übersteigen alles Vermögen der menschlichen Vernunft". ("Kritik der reinen Vernunft", Vorrede zur Ersten Auflage).

(7) Cf. Cornelio Fabro: "L'avventura della teologia progressista", Rusconi Ed., Milano, 1974; "La svolta antropologica di Karl Rahner", Rusconi Ed., Milano, 1974.

dad" de Camus, son puntos de llegada: solamente podrían ser momentos de partida para una reflexión científicamente lograda.

4.— Que en ciertos momentos históricos y sociales surja una problemática que plantee exigencias al filósofo, no quiere decir que eso sea circunstancial y caducante. Sería demasiado pueril. Si de una encrucijada histórica, el pensador ausculta en el mundo inteligible y causal los fenómenos con seriedad, objetividad, independencia, lógica, puede obtener explicaciones y verdades eternas: no invento, sino descubrimiento. Decimos esto, porque no es raro en nuestro tiempo pensar en "alienaciones", o del medio social o del tiempo, ignorándose que el hombre no es un "motor inmóvil", y que juega en su existencia la causalidad ambiental como causalidad necesaria. Y también ignora que lo importante no es la "motivación", sino la respuesta a ella. Esta respuesta, en el ámbito filosófico puro, es examinada, no de acuerdo a la contextura del medio o del tiempo, sino de acuerdo a principios superiores en virtud de los cuales se enjuicia la validez o el error del pensar frente a una incitación ambiental. El relativismo, en filosofía pura, no existe.

Decimos esto a propósito de un cargo contra el existencialismo, del cual dio Bollnow cabal respuesta; y según el cual, la filosofía existencialista fue un producto relativo de las dos grandes guerras del presente siglo. (8). No interesa, en este existencialismo, su fortuito origen: en él interesa para mí, contra la opinión del autor recién citado, más que sea un refugio del hombre para un mundo desquiciado y desvalorizado, LO QUE responde a la luz de la lógica y de la ciencia del ser. Si fuese la temática existencialista absolutamente inédita, tanto como sus respuestas; si jamás en el pasado el pensador se vio abocado a una definición del hombre y del ser: pase su aparente originalidad. Pero no ha sido así en la historia de la cultura. Y no podía ni podrá serlo jamás, porque el existencialismo toca preguntas inherentes a la esencia y a la condición humanas.

5.— Relacionado con lo anteriormente expuesto, está la cuestión sobre el hombre msmo, donde el existencialismo bebe su inspiración y su luz. El preguntar sobre el ser, se vierte en un previo interrogar por el hombre que cuestiona al ser. Debemos aquí hacer una distinción antes de continuar. Una cosa es averiguar sobre algunos fenómenos de la existencia humana. Como la temporalidad, la contingencia, la vida, la desesperación, la muerte. Otra, y en sí misma un tanto distinta, es averiguar, di-

(8) Otto F. Bollnow: "Existenz-Philosophie", 4te. Auflage, W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1955, págs. 126-128.

lucidar, sobre lo que en definitiva el hombre es cual interrogante por todo lo anterior y por el ser. Todos convienen que siempre hubo pensadores que se interesaron también por lo primero: Sócrates, Séneca, San Agustín, Pascal, etc. Pero creen ver algunos en lo segundo, lo original y tremendista del existencialismo. Nada más falso.

No escapó a los antiguos la imperiosa necesidad de dilucidar, de hacer luz, sobre la naturaleza del hombre preguntante. El mismo San Agustín, tan respetado y citado por las diversas corrientes existencialistas, juntamente con declarar que, a propósito del dolor moral, se convirtió a sí mismo en una "magna quaestio" (9), ahondando en temas de la profunda existencia humana; como pensador puro, al igual que Aristóteles y que tantos otros como Descartes, se preocuparon del sujeto pensante que tiene el privilegio de "encarar al ser", no como un déspota, sino como mendigo. Como "centinela del ser" heideggeriano, y no como "creador" del Absoluto.

Y estos "antiguos" bien comprendieron que, ya que "ensimados" estaban en lo terrible de la última palabra sobre lo que es; y ya que de ellos mismos, totalmente comprometidos en esta última vivían, venía ese angustioso y clarificante afán: no satisfechos con un medio responder sobre la muerte y la vida, sobre la contingencia y la temporalidad, sobre el cuerpo material y su "ecología histórica", desafiados se vieron por preguntar rigurosos sobre la fuente original de la pregunta en el hombre: SU ALMA. Los "antiguos" fueron más directos y más lógicos, más enormes y más profundos que los "actuales". Porque en este problema sobre EL ALMA descansa el fundamento de muchas cosas nada de transportables: el conocimiento, la verdad, la ciencia, la cultura, el destino, y, sobre todo, la inteligibilidad de cualquier pregunta. Y así Aristóteles, tiene su tratado DE ANIMA. Y así S. Agustín, varias obras sobre el alma. Y así Santo Tomás de Aquino un comentario a Aristóteles, que es un nuevo tratado sobre el alma. No sobre el hombre. Que de mil maneras ellos también "trataron". Sino de la substancia espiritual que nos hace humanos, y subsistentes como humanos; de esa substancia simple que, por lo mismo que es simple, posibilita al hombre su acercamiento y apropiación de todas las cosas por el conocimiento y el amor, y la suficiente capacidad para aclarar su existencia y su destino, su nacer y su morir: de esa substancia - sujeto trataran. Y gracias a este tratamiento, se aclararon lo del conocer, lo de lo verdadero. Porque toda fenomenología existencial solamente en esta substancia única tiene eco e inteligibili-

(9) Cf. "Confesiones", Lib. IV, cap. 4, n. 8.

dad para el hombre, por eso la pregunta pre - ontológica: ¿qué es el hombre? se convertía en esta otra: ¿qué es el alma del hombre? Aclarada esta última pregunta, para Aristóteles se aclaraba el problema del conocimiento, para S. Agustín el problema de la verdad, y para todos los "antiguos" el problema sobre el ser. Fácilmente entendían ellos el encaramamiento en que existía el hombre por sobre la temporalidad fenoménica; fácilmente entendían ellos que en la inmanencia de los movimientos del alma asomaba la cima trascendental donde el hombre queda definitivamente iluminado: la trascendencia era la vocación del hombre. Y el ser absoluto era el Dios Absoluto. Todos los entes están jerarquizados según su participación analógica del ser, y todos están en respectividad: unos a otros se evocan y se sirven, y todos están evocados e iluminados por el Ser. La temporalidad pura, con todo lo que ella significa y contiene, por sí misma es obscuridad y muerte. Es por el alma que nos constituye como personas, como subsistentes racionales, por la que el hombre abandona la obscuridad y la muerte y da cuenta de esta misma muerte y de aquella obscuridad.

6.— No ha podido el existencialismo superar su "a mitad de camino", entre el realismo y el idealismo. De seguir así, corre el riesgo de quedar para la historia solamente como un caso más de búsqueda sin haber encontrado. Y, sin embargo, hoy más que nunca necesita el mundo de una filosofía fuerte, de una filosofía confiable como factor de salvación. Esa filosofía, en expresión de K. Jarpers. "al menos enseña que no nos dejemos engañar. Ella no desperdicia ninguna realidad ni ninguna posibilidad. Ella nos prepara para mirar en su cara el aparente desastre. Molesta la tranquilidad del mundo. Pero también impide que la imprudencia tome el mal como inevitable. La filosofía podría, si fuerte en su pensar, llegar a ser convincente para los hombres, digna de fe, y un factor de salvación para la humanidad. Ella sola puede cambiar la mentalidad" (10).

Pero, con una filosofía existencialista no - trascendente, es imposible superar la "Scheitern" de que nos habla el mismo Jaspers, quien, por lo demás, urgía intensamente a tal superación (11). Es extraordinariamente curioso observar, cómo todos los hombres asoman al mundo, desde temprano interrogando al mundo y cómo interrogándose ellos mismos. Vienen al mundo como superadores del mundo, como juzgadores del mundo, y como reclamando para sí una situación de existencia no conforma-

(10) K. Jaspers: "Kleine Schule des philosophischen Denkens", R. Piper und Co. Verlag, München, 1965, pág. 182.
(11) Sobre todo, entre otras, en su obra: "Einführung in die Philosophie", (pero aquí citamos su versión francesa: "Introduction a la Philosophie", Ed. Plon, Paris, 1951)

da con el mundo. Por eso la filosofía en general, y la metafísica en especial, son connaturales al hombre. No es ni Mundo ni Tiempo los últimos estadios del hombre - total. Por eso es poco natural, cuando menos, todo movimiento reflexivo que disuelva la última instancia del ser humano en lo que él no quiere: ni Mundo ni Tiempo. No somos sólo nosotros quienes así pensamos. A parte de Jaspers, en las obras recién citadas, el mismo Bollnow lo hace ver, al decirnos que el existencialismo, entre otras tareas, tendría que superar su "Verzweiflung" por una creencia nueva, in der Übergang von der Verzweiflung zu einem neuen Glauben (12).

7.— No somos pesimistas sobre el porvenir de la cultura. Justamente por nuestra fe en la grandeza natural del hombre, que San Agustín definió como un ser "capax Dei", capaz de Dios (13). Y bien sabemos que todo lo que es **contra naturam**, no tiene destino. Pero sentimos inquietud por el presente porque hombres del presente somos. Y este presente no puede siquiera pensarse sin desafío y zozobra. Es cierto que tenemos futuro; pero también es cierto que hay que lucharlo en el presente. Y entonces, el drama del presente: vivenvia del presente atormentado por librar el futuro. Como que sin guerra no se pudiera ser y estar en la paz. Sabemos bien que somos sostenidos por una **philosophia perennis** que parte y se aclara en las entrañas mismas de la esencia humana. Es esto, ínsito en todo hombre, la luz y la esperanza, la razón de la lucha y la tormena.

Es curioso que la situación actual de la filosofía, errante y de "boca en boca", —"en el dominio filosófico, decía Jaspers, todos se creen competentes"—, lleve incluso a personas cultas a sostener el abandono de toda armadura "vieja", de toda absolutez, para convertir la filosofía en un modesto diálogo entre el científico y el que se cree filósofo sin arreglo a ningún sistema ni tradición. Es la tesis de Hans Lenk, por ejemplo (14). Es la abdicación del filosofar y la claudicación del filósofo. Como ya lo fue en Wittgenstein, sobre todo en sus dos últimas obras editadas como póstumas (15), a una teoría del lenguaje y a una crítica de éste, "Sprachspiele". Frente a esta desorientación actual,

(12) Otto F. Bolnow: Op. cit., pág. 131: "So liegt die Grenze, an der die Existenzphilosophie von innen heraus über sich selber hinausdrängen muss, in dem Übergang von der Verzweiflung zu einem neuen Glauben".

(14) Vid. Hans Lenk: "Wozu Philosophie?, R. Piper und Co. Verlag, München, 1974. Sin embargo, parecen no pensar así los hombres de ciencia y los filósofos creyentes y no creyentes. Podría citarse mucha literatura al respecto. Bástenos remitirnos al consolador volumen sobre el coloquio internacional de filosofía de las ciencias, tenido del 6 al 11 de septiembre de 1971, en Viene: "Science, philosophie, foi. Colloque de l'Académie internationale de philosophie des sciences", Ed. Beauchesne, Paris, 1974, 243 págs.

(15) Nos referimos a: "Philosoph. Untersuchungen", 1953, y a: "Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik", 1956, bien diferentes al "Tractatus Logico - philosophicus", de 1921.

¿qué "factor de salvación" puede significar el existencialismo de hoy? Absolutamente ninguna, a no ser que a sí mismo primero se redima.

También hay que pensar en la significación y trascendencia de la filosofía para otras ramas del saber y de la cultura que tanto interesan al hombre como humano. Piénsese, por ejemplo, en el plano ético. ¿Es realmente seria y, por tanto, convincente una moral existencialista llamada "situacional"? En función de tal moral se llega a una sociedad "permisiva", donde todo queda sin frontera y justificado. El relativismo filosófico del existencialismo, lleva inoxerablemente a esta extraña ética del "compromiso" incondicionado (16).

Eran algunas de las precisiones que teníamos que emitir ante las próximas entregas que haremos sobre el existencialismo. Esta filosofía frente a lo sin camino, y que si bien "nos da la sintomatología del hombre moderno, no nos da la etiología y terapéutica para sus problemas" (17).

(16) Cf. O. F. Bollnow, cit.: "Die andre Grenze der Existenzphilosophie wird von der ethischen Seite her am deutlichsten. Gegenüber dem Relativismus des geschichtlichen Bewusstsein entwickelt sich ein Ethos des urbedingten Einsatzes" (pág. 130). Cf. también: G. Merafini: "La societá permissiva e la morale", Cittá Nuova, Roma, 1974.

(17) J. Iturrioz: "Cuatro lecciones sobre existencialismo", Madrid, 1963.